

# PINOCHO

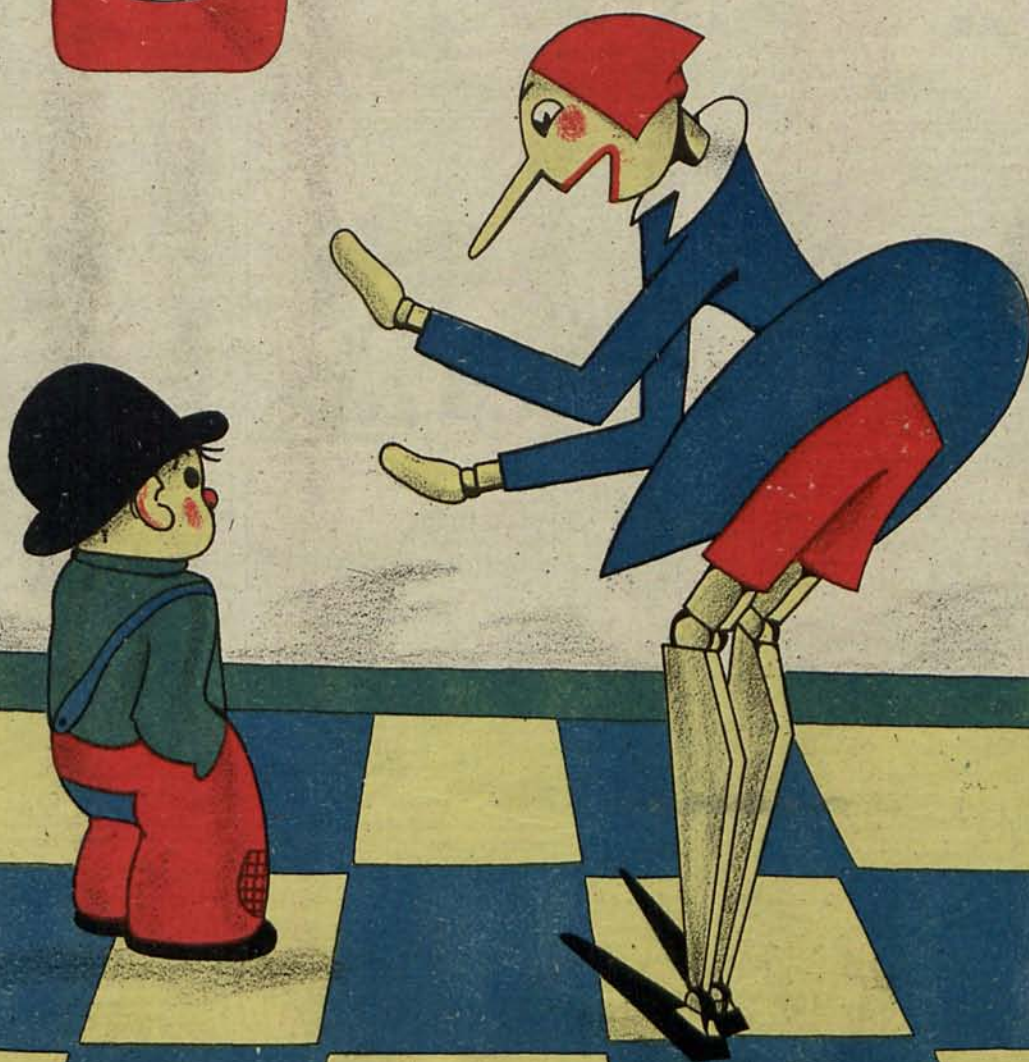
AÑO. IV  
NUM 190

25 cts

7 OCTUBRE  
1928



- OYE PINOCHO; ¿COMO SE ESCRIBEN "AYER" Y "HOY"?  
- "AYER" SIN HACHE, Y "HOY" CON ELLA.  
- ¡PUES NOVEO LA DIFERENCIA DE UN DIA A OTRO!





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO. 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL AVION NEGRO

## NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Los cosacos, mudos y circunspectos, giraban por las estancias, hollando con sus pesadas botas las mullidas alfombras de Persia.

Un grupo de oficiales estaban reunidos en un gran salón tapizado de terciopelo verde en torno de una colosal chimenea, que rodeaba un gran zócalo de mármol maravillosamente esculpido. Por la puerta de este salón distinguíase otro saloncito circular, más pequeño y tapizado de terciopelo rosa.

Delante del pesado cortinaje de terciopelo, que caía sobre una puerta de madera blanca y dorada, diametralmente opuesta a la de entrada, estaba serio e inmóvil un cosaco armado hasta los dientes. Detrás de aquella puerta hallábase el despacho del emperador, del omnipotente; es decir, de aquel cuya voluntad absorbe la vida de centenares de miles de seres humanos!

—¿Tendremos, o no, revista de Primavera? —dijo uno de los jóvenes oficiales que se calentaba junto al fuego.

—¡Habrá que preguntárselo al nuevo Cagliostro!

—¿Al señor Philipp?

—¡Clarol! Al señor Philipp. ¿Quién va a saberlo mejor que él? Ya sabes demasiado que Su Majestad no hace nada sin consultárselo a él antes.

—Entonces, ten mucho cuidado en hablarle con mucho respeto.

—¡Oh! Nunca dejo de hacerle una gran reverencia cada vez que me encuentro con él.

—¡Haces bien. El nuevo Cagliostro les manda a los muertos para hacerse obedecer de los vivos!

—Pero ahora tiene una poderosa rival.

—¡Yal! Zanolbia Calozky, la gentil y joven rutena.

—¿Tú la conoces?

—Yo no. Nunca he podido encontrarme con ella.

—Pues yo la vi un día, mientras que estaba de guardia en la puertecilla secreta de las habitaciones del Czar.

—¿Es verdad lo que se dice respecto a su belleza?

—No lo sé, porque llevaba el rostro oculto por el velo. Únicamente puedo decir que me parece hermosísima.

—¿Y cual es la virtud de la rutena?

—Ella dice ser poseedora de un nuevo metal que tiene una maravillosa propiedad radioactiva.

Parece ser que en este metal se proyectan nada menos que las imágenes de los acontecimientos futuros.

—¿Es eso posible?

—Lo ignoro. Lo que sé es que el Czar lo cree.

—Y que el señor Philipp y la rutena gobiernan la Rusia —susurro un oficial al oído de un amigo suyo.

En tanto que los oficiales pasaban el rato charlando, una sombra atravesó rápidamente el salón. Las conversaciones cesaron como por encanto.

—¡Es ella! —murmuró uno.

Todos los ojos convergieron sobre aquella elegante figura, envuelta en un artístico drapeado de sedas.

El oficial de guardia se levantó, saliendo a su encuentro.

De entre las sedosas vestiduras salió una manecita enguantada, que le mostró una pequeña joya.

El oficial inclinóse profundamente y le hizo una seña al cosaco de guardia.

Este levantó el pesado cortinaje, abrió la puerta y la sombra desapareció rápidamente, como si hubiera sido arrebatada por un poder misterioso.

Era Zanolbia Calozky, la joven y bellísima rutena, de la cual ocupábase toda la Corte a causa de que el Czar, espiritista convencido y perteneciente a la secta de los martinistas, fundada por el francés Saint Martin, demostraba tener en ella una fe ilimitada.

Si el nuevo Cagliostro evocaba a los muertos y hacíales hablar, Zanolbia Calozky mostrábase al Czar el porvenir.

Así, pues, entrambos poseían secretos igualmente preciosos y dignos de ocupar la atención de un monarca, aun siendo tan poderoso como el Czar.

Zanolbia, apenas hubo entrado en el despacho particular del emperador, prosternóse con la frente hundida en el suelo.

—¡Salve, oh! poderosísimo señor, dueño de nuestros cuerpos y de nuestras almas, haz de mí lo que quieras!... ¡Tu sierva te adora!...

El Czar estaba sentado en una amplia butaca, junto a una mesa escritorio, atestada de cartas.

Sus ojos pequeños, negros y brillantes, miraron fijamente la graciosa figura postrada en el suelo, en medio de la estancia.

—¡Levántate, Zanolbia —dijo con voz dulce— y acércate!

Zanolbia se levantó, y arrojando sobre la alfombra el largo y espeso velo que la envolvía, mostró a su señor el rostro radiante de belleza.

Zanolbia tenía veinte años, la tez fresca y el cuerpo admirablemente proporcionado; sus oscuros cabellos adornábanse con un gorrito de terciopelo rosa, literalmente cubierto de centelleantes piedras y orlado de zibelina; una punta del gorrito, semejante a la de los antiguos colbacks húngaros, caíale graciosamente sobre la oreja izquierda y estaba ornado por una espléndida turquesa.

Sobre la frente, entre los abundantes y ondulados cabellos, alzábase, ondeando, un rico penacho de plumas de avestruz.

Una especie de almilla de seda blanca, semejante a una camisa guarnecida de abundantes arabescos de oro y de una franja del mismo metal, caíale hasta cerca de las rodillas, sobre los anchos calzones de seda blanca, sujetos a los tobillos; los diminutos es-



carpines, de tafilete rojo, estaban cuajados de pedrería y bordeados con una franja de oro. Sobre todo esto, desde lo alto del tocado, caía sobre las espaldas una cascada de finísimos velos, con delicada franja de oro, envolviendo toda la figura como en una preciosa nube, al través de la cual centelleaban los magníficos ojos de la joven.

—Eres hermosa —dijo el Czar—. ¡Ojalá tu ciencia iguale a tu belleza!

—¡Dueño y señor mío! —respondió la joven—. Mi belleza y mi ciencia son tuyas. Únicamente por ti miran mis pupilas al porvenir.

Ante el Czar resplandecía la amplia pared esmaltada y pulida encuadrada por un listón de oro. El poderoso señor tenía los ojos fijos en ella.

—¿Qué vale mi poder, Zanobia? —dijo con amargura—. Desconocidos peligros me rodean por todas partes sin que yo los vea; los ciegos o los malvados no comprenden que yo sólo quiero el bien de Rusia, pero que no sé en qué consiste.

—Mi dueño y señor... Las manos no hablan, las voces no tocan, los oídos no ven... Zanobia Calozky tiene para ti los ojos del porvenir... ¡Mira! ¡Mis pupilas son las tuyas!

Y diciendo esto, la rutena dió vuelta al interruptor, quedando todo sumido en una profunda oscuridad.

Un objeto luminoso brilló en las manos de la joven.

—¿Qué haces? —dijo el Czar después de algún tiempo— tú callas y la pantalla no se anima.

—Permite, señor y dueño mío, que yo concentre mi voluntad en el punto ignoto que tú quieres ver... Mi metal es la luz, pero mi pensamiento es la pupila...

El Czar se calló. La viva lucecita continuaba brillando entre los dedos de la joven. De repente, una helada corriente de aire atravesó la estancia, agitando las grandes hojas de las plantas exóticas que había en los rincones.

—¡Magnífico! —dijo la rutena— los enemigos me obedecen.

—¿Quiénes son los enemigos?

Zanobia no respondió en seguida. Luego, con una voz más profunda y desprovista de las suaves modulaciones que le eran habituales, respondió:

—No lo sé. El porvenir se nos presenta en toda su belleza y horror. Poder ignorado que nos impide el ver vellones de impenetrables nubes, que yo llamo enemigos; la luz de mi metal los dispersa... los penetra... y mi pensamiento, mi voluntad y la tuya, dirigen esta luz... ¡Mira!

El Czar, verdaderamente fascinado, tenía los ojos fijos en la pared que brillaba ante él.

—¿Ves? —dijo la rutena con una voz cada vez más profunda.

—Veo —murmuró el Czar.

Las hojas de las plantas agitáronse siniestramente.

Las campanillas de plata, los vasos de bronce, las estatuas de metal, diseminadas aquí y allá, producían misteriosas y sonoras vibraciones. La atmósfera del despacho parecía estar animada de alguna fuerza misteriosa y oculta. También la voz del Czar había cambiado, pues temblaba con inflexiones roncadas.

—Veo... —repitió.

Sobre la pared dibujábanse extrañas sombras.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el Czar.

—Una joven bella... y feroz...

—No le veo la cara.

—No es posible. Parece yacer en la oscuridad... pero yo veo sus propósitos... son fieros e implacables.

—¿Y los realizará?

—No —repuso la rutena después de breves momentos de vacilaciones— veo junto a ella dos cómplices...

—¿Quiénes son, quiénes son?

—No distingo sus rostros, todo en aquel lugar es misterio y tinieblas.

—¿Traman algo?

—Sí, contra ti; están buscando un arma, un arma terrible para herirte...

—¿Y la encontrarán... y me herirán? —preguntó la voz temblorosa del Czar.

—No; mi dueño y señor —respondió la rutena— los veo temblar de cólera y de espanto... están atados... amordazados... encerrados, reducidos a la impotencia.

La rutena había elevado la voz, en una especie de exaltación, subrayando las palabras como si cada una de ellas fuese el resultado de un extraordinario esfuerzo de visión... Luego se calló de pronto.

—¿Y ahora?

—¿Ahora?... No veo nada más... mi dueño y señor, el enemigo triunfa de nuevo, me he quedado ciega... ciega otra vez...

—¡Maldición! —gritó el Czar con voz de trueno—.

¡Ciega! ¿Y hasta cuándo?

—Hasta que mi alma recobre la fuerza para luchar y venza la obscuridad —murmuró la joven.

Todas las sombras desaparecieron de la pared.

El Czar volvió a dar luz.

La rutena yacía sobre la alfombra como sumida en un sopor.

Después de algunos minutos levantóse trastornada, sin acordarse de nada y giró en torno suyo los bellísimos ojos, con expresión interrogadora.

Cuando salió del despacho encontró a Kuravief, el cual esperaba que saliera ella para entrar él, a su vez, a ver al Czar.

—¿Qué quieres? —le preguntó éste al jefe superior de Policía, clavándole en el rostro sus ojos negros y centelleantes.

Kuravief alzó la cabeza que había inclinado en una profunda reverencia.

—¡Majestad! Dentro de dos horas los jefes de «Los Hermanos del Silencio» caerán en mis manos.

El Czar se estremeció.

—La rutena tenía razón —murmuró. Luego repuso en voz alta: ¿Y bien?

—Teniendo en cuenta este caso excepcional, solicito el derecho de ajusticiarlos en la cárcel. Por pura fórmula se hará el proceso después de su muerte.

El Czar quedóse pensativo.

—¿Quiénes son?

—Dos hombres...

—¿Solos?

—Y una mujer.

—¿Cómo se llaman?

Kuravief vaciló un momento.

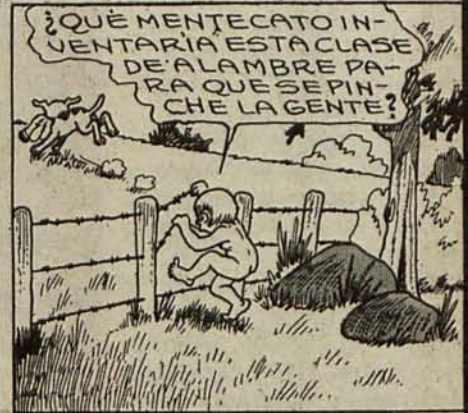
—Aún no lo sé. Tienen cómplices.

(Continuará en el próximo número.)





# COLORÍN y su PANDILLA







# EN EL PAÍS DE LOS ZULUS

CUENTO POR E. SALGARÁ

Aunque Pablo Carbet era hijo de unos pobres labriegos de las Ardenas, había heredado, por ignorada causa, un espíritu aventurero completamente desconocido en sus progenitores.

Aquel retoño de labradores se había empeñado en dejar a un lado el arado paterno, decir adiós a sus montañas y echar a andar por el mundo en busca de mejor fortuna y de nuevas tierras.

El muchacho aseguraba con la mayor seriedad que el diablo le andaba por el cuerpo, y que se sentía capaz de emular a los más célebres descubridores del siglo, y aún a los de siglos pasados.

Ya había leído algunos libros de viaje que le prestara el buen párroco de la aldea, y tan exaltado estaba, que no soñaba sino con negros, indios y tierras aún vírgenes que lo esperaban para ser descubiertas.

Sus compañeros, para burlarse de él, le llamaban el Nuevo Colón y Tartarín II, persuadidos de que no tardaría en dejar en paz a los negros de sus ilusiones y de que nunca dejaría el arado. Pero se engañaban.

Pablo, más terco que un aragonés, maduraba sus planes con esa constancia que caracteriza a los montañeses de las Ardenas.

Un buen día anunció de improviso que se marchaba. Vendió el terruño paterno, la casucha, y con el puñado de francos obtenido lió el petate y emprendió su aventura.

—¿Adónde vas, Pablo? — le preguntaban todos.

—A la guerra —respondía el joven, sin abandonar su seriedad.— Voy a luchar con los negros.

—¿Y cuando volverás?

—Cuando tenga las estrellas de capitán.

—¡No, no, queremos verte hecho un general! —respondían sus amigos, riéndose a carcajadas, convencidos de que se trataba de una ventolera, y de que Pablo se había vuelto loco.

No era locura, no. Pablo Carbet había nacido para ser aventurero, para ser soldado, y a su tiempo tenía que dar una brillante muestra de su valor, de su intrepidez y de su fe en el propio destino.

Cuatro días después Carbet estaba en Londres y se presentaba en una de las muchas oficinas de alistamiento que existen en las grandes ciudades de Inglaterra.

La gran nación necesitaba por entonces de voluntarios para enviarlos a combatir en el África del Sur.

Un rey negro, Chetivayo, dominador de Zululandia, que disponía de numerosos regimientos de negros bien organizados y aun bien armados, se había atrevido a declarar la guerra a la poderosa Albión y a invadir las colonias inglesas del Natal, infligiendo a sus enemigos varias derrotas.

Aquel salvaje había encontrado un recurso curioso para infundir valor a sus soldados. En toda Cafrería, que se le había sometido, hizo pregonar que en lo sucesivo ningún muchacho podría tomar mujer sin haber dado antes inequívocas pruebas de valor en los campos de batalla.

Tan singular proclama produjo efectos instantáneos. Los jóvenes negros se batían como endemoniados para conquistar el derecho de dar la mano a sus novias, que durante años esperaban al esposo.

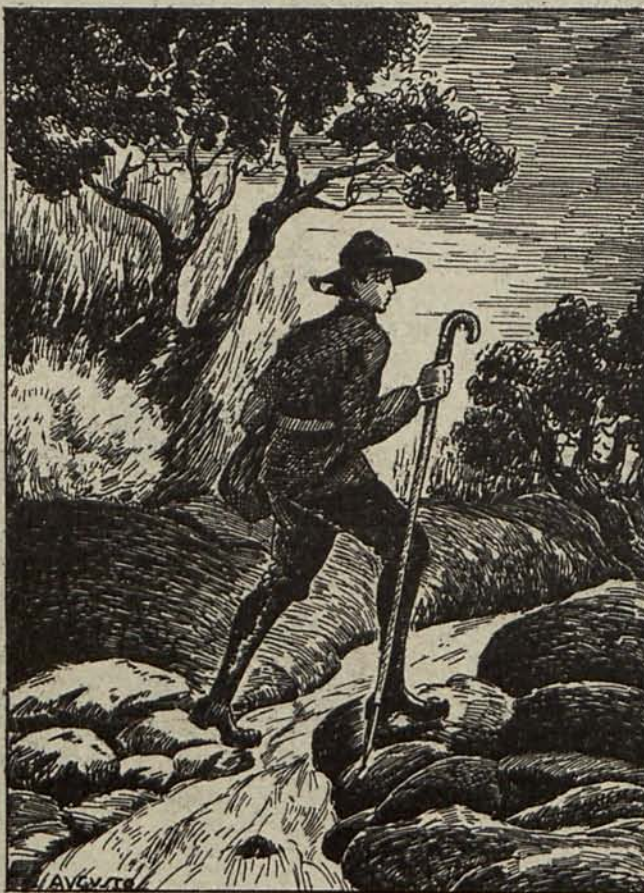
Pablo Carbet era un mozo arrogante, robusto como buen labriego, y sin inconveniente alguno fué alistado y embarcado para el África del Sur.

Sus sueños comenzaban a trocarse en realidad; se había jurado a sí mismo llegar hasta el fin y no volver al país donde naciera sin el grado de oficial inglés, ya que no podía obtener el de

oficial francés. Dos meses más tarde desembarcaba en Durban con otros muchos, y era enviado al interior de Cafrería, donde las colonias inglesas sólo a duras penas continuaban haciendo frente a las hordas de Chetivayo.

Aquella guerra, que había producido una gran impresión no sólo en Inglaterra, sino en todas las naciones europeas que tenían colonias en África, revestía caracteres inauditos de ferocidad.

Los negros, ensoberbecidos por sus primeras victorias, y considerándose ya invencibles, no perdonaban a ningún blanco que cayera en sus manos y destruían con verdadera saña las propiedades.



Pablo Carbet había nacido para ser aventurero.





Los colonos, sorprendidos, sin distinción de nacionalidad, sucumbían lamentablemente a sus manos; no había gracia ni para las mujeres ni para los niños. Tras el asesinato en masa venía el incendio de las granjas y el saqueo y destrucción de las cosechas.

Las columnas inglesas, de revés en revés, retrocedían por todas partes ante los ataques de aquellos bárbaros, cada vez más envalentonados, y perdían hombres en número considerable. ¡Pobres de los heridos y de los prisioneros! ¡Jamás habrían de volver!

Pablo Carbet fué destinado a una compañía de vanguardia, y no tardó en hacerse notar por su valentía. Aquel montañés, que en su vida manejara sino el arado y la azada, combatía como un soldado veterano, y se servía de su fusil como el mejor tirador de la infantería irlandesa.

Ya en diversas ocasiones se las había visto con los negros de Chetivayo, siendo el último en retirarse y dando siempre pruebas de una imponente sangre fría y de un valor que todos los burlones de su aldea le hubiesen envidiado.

La campaña proseguía con varia fortuna desde varias semanas antes, cuando un día corrió la voz de que el capitán Thompson, de los fusileros irlandeses, uno de los oficiales más estimados y valerosos, se encontraba sitiado en un pequeño fortín por diez mil zulús, sin otra fuerza que doscientos soldados.

Un verdadero pánico se extendió por el campo. Sabían todos que el capitán no tenía víveres ni municiones más que para quince días, y los auxilios pedidos a Inglaterra aún tardarían veinte en llegar.

Era necesario, por consiguiente, prevenir al capitán para que resistiese hasta entonces, reduciendo las raciones para que los soldados no tuvieran que rendirse por hambre.

Con los refuerzos que se esperaban, tenían la seguridad de levantar el cerco; intentarlo con las escasas compañías disponibles era tanto como exponerse a un nuevo desastre.

Pero lo difícil era llevar el aviso.

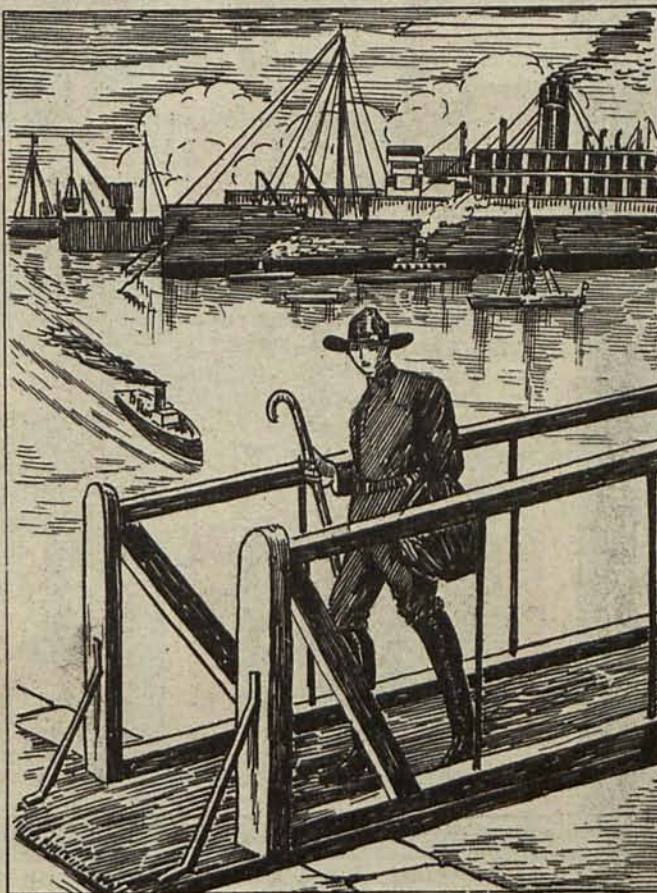
¿Quién sería capaz de pasar a través de aquel hambre de diez mil negros que asediaban al valiente capitán?

Nadie se atrevería a arriesgarse en tan difícil prueba. ¿Nadie? No; alguien pensaba en ello, y ese alguien no era otro que nuestro aldeano.

No hacía dos horas que la noticia llegara al campo, esparciendo el desaliento y la consternación desde el último soldado al comandante en jefe, cuando Pablo Carbet salió de su tienda, diciendo con voz resuelta:

—Este es el momento de ganarme los primeros galones.

Carbet era una de esas cabezas que en dando paso a una idea ya no la dejan salir más.



Dos meses más tarde desembarcaba en Durban.

Sin pensar en los graves peligros a que se exponía ni en la casi absoluta imposibilidad de aquella empresa, se presentó al jefe de las tropas, diciéndole:

—Mi general, si necesita un hombre que vaya a prevenir al capitán Thompson para que resista hasta que lleguen los refuerzos, aquí me tiene a su disposición.

El general, un veterano que había ganado sus entorchados en los campos de batalla, miró con algo de sorpresa y admiración a la vez a aquel muchachote, que tan generosamente ofrecía su vida para salvar al destacamento sitiado.

—¿Acaso te estorba la piel? —le preguntó.

—No, mi general; todo lo contrario. Me importa mucho conservarla para poder volver a mi país con las estrellas.

—Mira que es grave lo que te propones. ¿Cómo pretendes pasar sin ser visto a través de diez mil negros? Y ya sabes que los

zulús sacrifican sin misericordia a los prisioneros.

—No se inquiete por eso, mi general.

—Así, pues, ¿te atreverás?

—Los franceses no conocemos el miedo; por lo menos, los de mi tierra.

—Eres el soldado más valiente del campamento. ¿Qué es lo que necesitas?

—Un buen caballo y mi fusil me bastan —respondió Carbet.

—¿Y cómo te arreglarás para encontrar el fuerte, si no conoces el país?

—Iré al galope hasta que lo encuentre.

(Continuará en el número próximo.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA

¡TENGO TREINTA Y SIETE PA-  
RA EL JUEGO!

¡YO CUA-  
RENTA!

¡CUARENTA!

DES-  
PUES

QUE ME TRAI-  
GAS UN PAR  
DE ZAPATOS.

¡NO RECUERDO EL TA-  
MAÑO, PREGUNTE POR  
TELÉFONO A MI CASA!

¿QUÉ NÚMERO  
USA USTED EN  
EL CALZADO  
SEÑORA?

¡CUARENTA!

¡MUY BIEN!

## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



© 1988, by King Features Syndicate, Inc. All rights reserved.

PAT SULLIVAN

2-5

CONTINUARÁ



# CUENTOS DE CALLEJA

## EL LEGADO DE UN PADRE

Castillo



N padre, próximo a la muerte, reunió junto a su lecho a sus tres hijos y les dió: al uno, un gallo; al otro, una hoz, y al menor, un gato.

—Soy viejo —les dijo—, y antes de morir debo asegurar vuestra subsistencia. No os dejo dinero; pero aunque os parezcan de poco valor las cosas que os doy, eso depende del uso que hagáis de ellas; buscad cada uno de vosotros el país en que sea desconocido el uso del objeto que os dejo, y seréis ricos.

El padre murió, y al poco tiempo el mayor de los hijos se puso en camino con su gallo. En todas partes era conocido el gallo; en las ciudades le veía encima de los campanarios, colocado como veleta; en los campos le oía cantar continuamente, y a nadie chocaba su animalito.

Andando, andando, llegó a una tierra donde no se conocía el gallo, de manera que con mucho trabajo notaban la aproximación de las diferentes partes del día. Es claro que conocían cuándo era de día y cuándo de noche; pero ignoraban siempre la hora que era al despertarse por la mañana.

Al día siguiente, aprovechando esta circunstancia, el experto joven reunió en el campo a los habitantes de la comarca, y les dijo:

—Mirad, señores, qué hermoso animal; tiene una corona de coral en la cabeza, y lleva espuelas como los caballeros. Por la noche canta tres veces a horas fijas; también cuando va a salir el sol. Si en medio del día lanza un *qui-qui-ri-qui*, no dudéis que va a cambiar el tiempo. De manera que con este animalito tenéis reloj y un vigilante que os avisa las variaciones atmosféricas.

Tal discurso agradó sobremanera a los sencillos oyentes.

Aquella noche nadie durmió, y todos escucharon con la mayor ansiedad al gallo anunciar las dos, las cuatro

y las seis de la mañana. Entusiasmados le preguntaron si vendía el hermoso animal, y cuánto quería por él.

—Deseo todo el oro que pueda llevar un asno en una carga —les contestó.

Le dijeron que tal precio era una bagatela para un animal tan maravilloso, y como allí abundaba el oro por todas partes, y hasta estaba tirado como un objeto sin valor, entregaron al mancebo lo que pidió, volviéndose tan contento a su pueblo.



Cuando los dos hermanos menores vieron volver rico al mayor, se llenaron de asombro, y entonces el segundo resolvió partir para ver si le valía algo su hoz. Por todas partes encontraba a los labradores provistos de hoces tan buenas, si no mejores que la suya. Acordándose de que su hermano le habló de la tierra en que tan rico se hizo, pasó a otra inmediata, donde nadie sabía lo que era una hoz. Cuando el trigo estaba seco, cortaban las doradas espigas con la mano, malgastando mucho tiempo y no menos dinero, aunque esto poco importaba a los moradores de aquel país. Nuestro muchacho se puso delante de

ellos a segar el trigo, lo que hizo con tanta facilidad y tan pronto, que todos le miraron asombrados. Deseosos de poseer un instrumento que tanto tiempo les economizaba, le propusieron su venta, y por la hoz les fijó todo el oro que un caballo pudiera llevar. Una vez dueño del dinero, regresó muy contento a su casa.

El hermano menor, animado por el buen éxito logrado por sus hermanos, salió a probar fortuna con su gato. Recorrió muchas ciudades sin ningún resultado práctico. Mientras estuvo en tierra firme nada logró, pues en todas partes había gatos, y en gran número. Dirigióse a una isla próxima al sitio donde estuvieron sus afortunados hermanos; allí no habían visto nunca gatos, y había en ella tal número de ratones, que corrían por las mesas, los bancos y también por las camas.

Todos los vecinos de la isla sufrían el azote; el mismo





Rey no podía librarse de él, pues por todos los rincones de su palacio se oían correr los ratones y no se veía libre nada de cuanto podían alcanzar sus dientes.

Tal era la terrible situación de aquel país enratonado, que los habitantes tenían que dormir colgados de unas cuerdas del techo, y aún así no siempre escapaban a las mordeduras. Verdaderamente les era muy molesto tener que dormir colgados como el salchichón y no sabían cómo defenderse de aquella terrible plaga. Ensayaron los cepos, las ratoneras y todos los medios conocidos; pero aquellas ratas y ratones sabían más que doctores y se comían tranquilamente el cebo sin que funcionara el mortífero aparato. Tan aburridos se hallaban, que cierto día pegaron fuego a la ciudad, pensando así verse libres de aquella horrorosa casta; pero cuando volvieron a edificar sobre las ruinas, se encontraron con que los ratones, escondidos en madrigueras subterráneas, habían escapado ilesos del fuego. Un día, estando reunida la corte, apareció un ratón de gran tamaño, al que pisó el rabo inadvertidamente una dama de palacio. El animalito lanzó un grito feroz, y loco de dolor arremetió contra los cortesanos poniéndolos en vergonzosa fuga. Las señoras se desmayaron del susto, los caballeros desenvainaron las espadas, y subiéndose a las sillas amenazaron desde allí al roedor, que se entretenía en lamerse la parte dolorida. El propio Rey amenazaba al bicho con

su espadón, después de haberse parapetado tras de una compañía de arcabuceros; en fin, aquello era un campo de Agramante. En tan crítico momento llegó a Palacio el hermano menor, acompañado de su gato *Marramiau*, que era una especialidad en la caza de ratones, y así fué que, apenas vió al ratoncillo en medio del salón del trono, saltó al suelo desde los brazos de su amo y se lo merendó. Mar villados quedaron todos ante aquel prodigio de habilidad, que venía a resolver una cuestión tan grave que había dado lugar a veinte crisis ministeriales y amenazaba conmovir la dinastía. El primer movimiento del Monarca fué decir a Perico, que así se llamaba el muchacho, que recogiera aquel feroz animal, no le diese la óccurréncia de tragarse alguna persona.

—Si acaso, azúzale contra los pedigüenos de la antesala, y así me veré libre de ellos. Hay sobre todo uno que se empeña en que lo haga caballero de la orden del *Asno encolerizado*, y antes me dejó hacer tajadas que

complacerle. Me lleva escritos dieciséis mil memoriales, uno por día, y no hay medio de que me deje en paz.

—Señor —exclamó el muchacho—, esta fiera se llama gato, y es tan manso con las personas, como fiero con los ratones. Si Vuestra Majestad me lo compra, quedará su reino limpio de tan inmundia ralea.

En cuanto el Rey oyó que el gato era manso, se acercó valientemente a Perico y convino en entregarle a cambio del animalito seis fanegas de oro.

Así se ajustó, y el Rey pasó a ser dueño del gato, que en menos de seis horas dejó limpio el palacio de ratones. El Monarca lleno de entusiasmo duplicó el precio convenido. Perico se marchó muy contento en busca de sus hermanos, cuando al pasar por un puente, vió que dos hermosos niños conversaban junto a la orilla del río. Acercóse sin ser visto, y oyó a la niña que decía:

—Mira, tú no tienes padre ni madre, hace frío y estás sin abrigo, tienes hambre y nadie te socorre; pues bien, toma mi mantón y mi pan, y al menos hoy no pasarás hambre ni frío.

—No es posible que yo consienta tal sacrificio. Dame un pedacito de pan, y guárdate tu abrigo, que al fin y al cabo Dios me protegerá, y a ti también por tu caridad.

Perico salió en aquel momento, y, dirigiéndose a los muchachos, les dijo:

—Ambos merecéis recompensa, uno por su caridad y otro por su desinterés, y, por tanto, desde hoy yo me encargo de vuestro porvenir.

En efecto, regaló a la niña una espléndida dote y recogió al huérfano, al que costeó una brillante carrera.

Cuando regresó a su país causó la admiración de sus hermanos, que le creían tonto; mas su sorpresa subió de punto cuando Perico les anunció que prohibaba a aquellos pequeñuelos que había encontrado en su camino.

—De todas las riquezas que he logrado —dijo el buen Perico—, ninguna me satisface tanto como premiar la caridad de esta simpática niña y el desinterés de este muchacho; a mi lado estarán mientras yo viva, y a mi muerte heredarán cuanto posea.

Así sucedió. El niño llegó a ser un ingeniero distinguidísimo, y la niña una dama principal, cuya caridad era el asombro de las gentes.

Todo merced a la generosidad de Perico.

Jamás hubo dinero mejor empleado, pues la bendición de Dios cayó sobre él y vivió feliz muchos años, muriendo además con la tranquilidad del justo.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Muy buenos días, curioso Chonón.  
—Hola, mi querido buho, buenos días. Tenía hoy deseos de verte para hacerte una pregunta.  
—Tú dirás.  
—¿Es cierto que existen elefantes marinos?  
—Ciertísimo.  
—¿Pero iguales a los de tierra.  
—Absolutamente distintos. El elefante marino es la morsa. Se la designa vulgarmente con este nombre a causa de dos enormes colmillos que salen a los lados de su boca. También se la conoce con el nombre de vaca marina.  
—Pues no veo qué parecido pueda tener una vaca con un elefante.  
—Ninguno; pero la boca de la morsa guarda gran semejanza con la de la vaca.  
—¿Te parece que dediquemos nuestra charla de hoy a la morsa? ¿Crees que el tema será curioso e interesante?  
—¿Por qué no ha de serlo? No hay en la creación un solo ser que no sea digno de atención y de estudio. La morsa, como la foca, es un animal anfibio. Supongo que ya sabrás lo que esto quiere decir.  
—Sí; que viven en el agua y en la tierra. Sigue.  
—Tienen la cabeza redonda, su frente sumamente encorvada y sus ojos muy expresivos. Su fisonomía es apacible y afectuosa. Su cuerpo es muy voluminoso y está revestido de una piel durísima, muy negra y muy brillante.  
—Yo he oído hablar de carteras y botas de piel de foca y de morsa.  
—Es exacto que las hay. Por eso esta piel, que es de excelente calidad, es muy apreciada en el comercio. Las morsas se reúnen en grandes bandadas a la orilla del mar, y allí arman verdaderos conciertos con sus peculiares gritos. Son muy juguetonas y constantemente se están acariciando unas a otras, y es muy frecuente que en sus juegos caigan al agua, donde siguen jugando.  
Ventajas de ser anfibio, amigo buho. Nosotros nos ahogáramos.  
—Pues ellas no, y eso que se sumergen en el agua con el estómago lleno de piedras.

—¿De piedras, dices? ¿Pero es que comen piedras? No creo que sea alimento nutritivo ni fácil de digerir.  
No las digieren ni se nutren de ellas, querido Chonón. Las tragan con una finalidad bien distinta. Es para que les sirvan de lastre, pues al aumentar su peso descienden con más facilidad al fondo del mar.  
—Pero, en cambio, les costará más trabajo subir a la superficie.  
—No lo creas. Tan fácil es para ellas tragar el lastre como devolverlo, y de este modo bajan y suben por el agua sin esfuerzo alguno. La morsa tiene un carácter algo más arisco que la foca. Se alimenta de toda clase de peces y mariscos; pero su bocado favorito es una planta de hojas muy carnosas y muy anchas que crece en el fondo del mar. Si pueden dar caza a alguna ave marina tampoco la desprecian.  
—¿Quieres decirme para qué les sirven esos dos colmillos tan grandes que tiene?  
—Para defenderse con ellos cuando se ven atacadas. Son dos poderosas armas de durísimo marfil. Este, bajo el punto de vista industrial, es mucho más apreciado que el del elefante. De las morsas se aprovecha también el aceite y la piel. Para cazarlas se utilizan las armas de fuego y también los arpones; pero este procedimiento es más peligroso, pues la morsa al verse herida ataca con la formidable arma de sus colmillos. Es caza fácil porque de no ver muy cerca al cazador no huye, sin duda por la pereza que la domina. Sus movimientos son torpes y esto también contribuye a que se la persiga con facilidad.  
—Claro que lo primero que hace falta para poderlas cazar es que haya morsas. Yo no he visto viva ninguna, y eso que he estado a la orilla del mar muchas veces.  
—Es que las morsas no habitan en todos los mares. Solamente se las ve en los mares glaciales, y es raro el explorador que visita las regiones polares y no se dedica a la caza de estos animales.  
—¿Quieres que nos vayamos tú y yo al Polo?  
—No hacemos allí ninguna falta, Chonón. Se está aquí mucho mejor.  
—¿Qué comodón te has vuelto!  
—Los años, Chononcito. Ya va uno siendo viejo.

*Pinochistas:*  
*¿Teneis todos los últimos tomos de mis incomparables aventuras y las de "Chapete que, ahora que no nos oye hay que decirlo: es malo, pero listo como siete?"*  
*Aquí os doy la lista de los últimos publicados por si os falta alguno.*  
*Vuestro incondicional*

*Pinocho*

## ULTIMOS TOMOS DE LA SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE

**Chapete va por lana...**  
**Pinocho en el planeta Marte.**  
**Chapete el escarabajo.**  
**Pinocho en la isla de Mentirijillas.**  
**Los tres desmayos de Chapete.**  
**Chapete, bandolero.**  
**Pinocho y el Príncipe bueno.**  
**Chapete y el Príncipe malo.**  
**Pinocho se hace Pelicano.**  
**Pinocho en el centro de la Tierra.**  
**Chapete en la isla de los animales.**  
**Pinocho y los tres pelos del mago Filomen.**

Cada tomo 1,50 ptas. en todas las librerías y en la

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.

Calle de Valencia, 28.—Madrid.



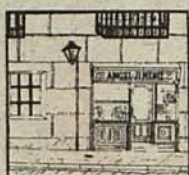
# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un holandés.  
FERMÍN SALGADO.



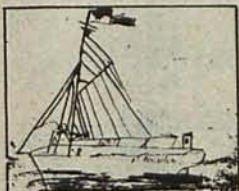
Un trozo de la calle de la Salud.  
LUIS RODRÍGUEZ.



El castillo de mi tío.  
MANUEL GONZÁLEZ.



Turcos y turcas.  
MANUEL A. DE SOTOMAYOR.



El Pinocho.  
PEDRO PABLO TURÓN.



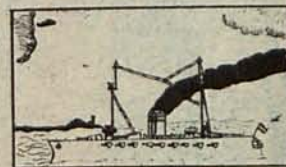
Esos tipos me han tomado por un golfo.  
M. A. S.



Aeroplano.  
FERNANDO PASTRANA.



De la taberna.  
RICARDO ISASI.



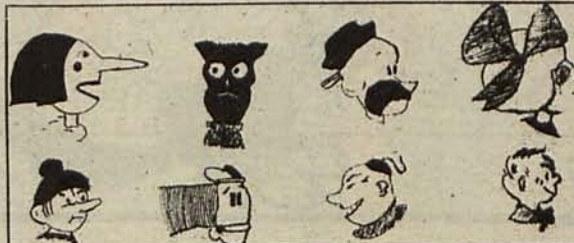
El acorazado Jaime I.  
CARLOS A. DE SOTOMAYOR.



Un «pollo pera» negro.  
RAFAEL ORTEGA.



Pepito.  
ELVIRA CONDES.



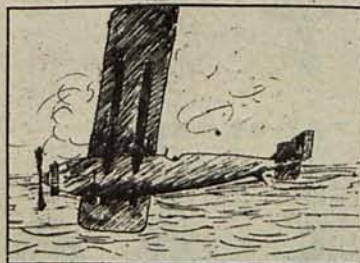
Mis mejores amigos.  
L. HIDALGO.



Buena madre.  
ROSARIO LOSADA.



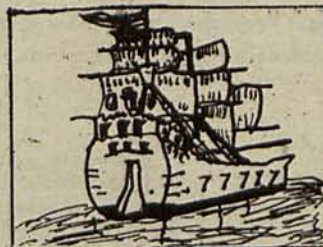
Mi prima Felisa.  
CARMENCITA R. BIVORNES.



El espíritu de San Luis.  
EDUARDO RODRÍGUEZ.



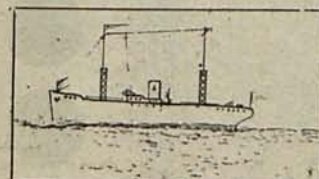
Holandesa dando de comer a los pollos.  
ARTURO GALÁN.



Velero.  
JOAQUÍN REQUENA.



Un barco pirata.  
JOAQUÍN MIRALLES.



Mar Adriático.  
G. GARCÍA SEDEÑO.



Tin y Ton.  
R. L.



Pinocho.  
PEDRO ORDUÑA.



Pinocho.  
F. P.



Mi novia.  
ESTEBAN GONZÁLEZ.



Don Amaro.  
GUILLERMO BARRERA.



Crucero.  
LUIS LAPLANA.



¡Vaya un par!  
OCTAVIO DE EL PATRÓN.



Pinocho.  
ENRIQUE LÓPEZ.



Mi pollito.  
ARACELI ÁLVAREZ.



Un falucho.  
F. PASTRANA.



Un dandy.  
MANOLO MARTÍN.

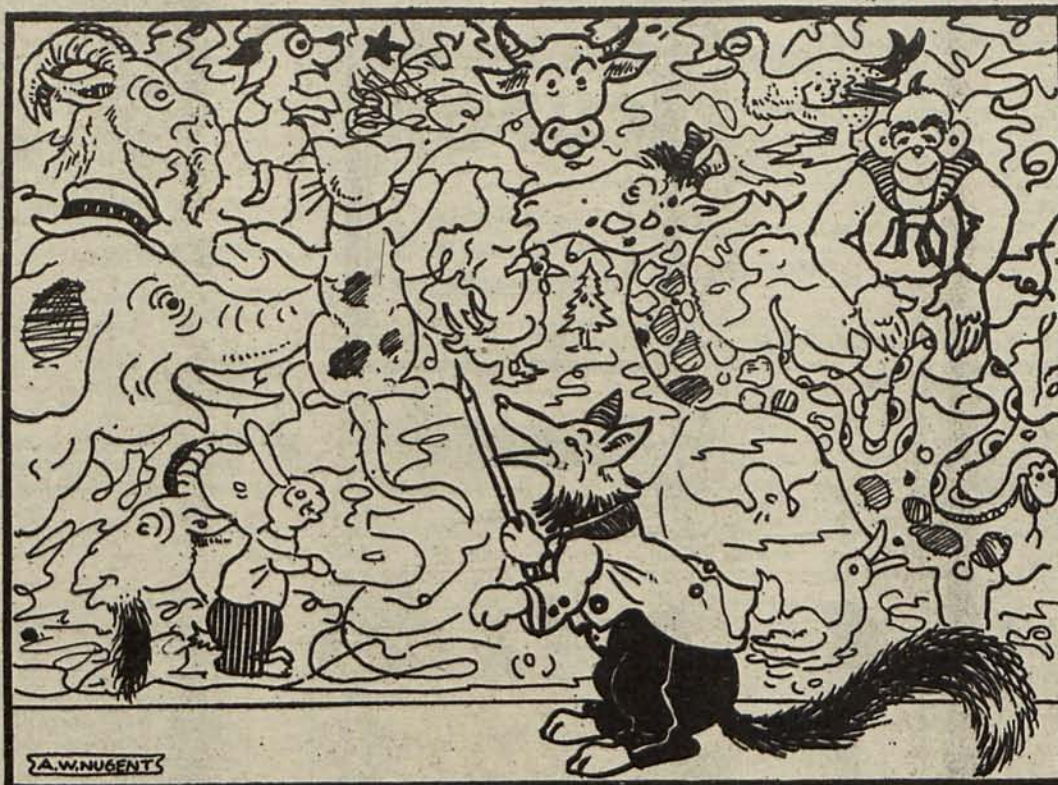


# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

### MESA REVUELTA

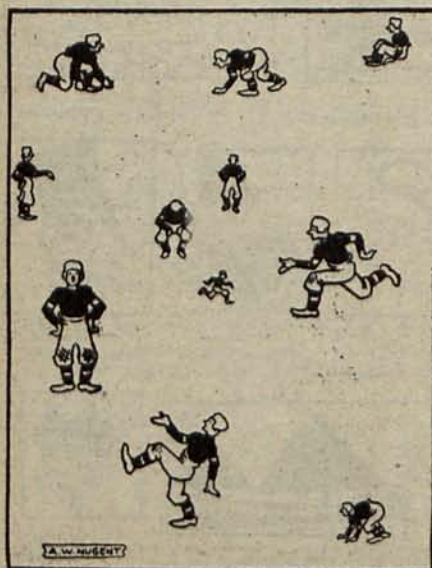


Entre este revoltijo de figuras caricaturescas hay dibujadas cinco cabezas de otros tantos caballeros.

Unos con bigotes y otros afeitados, ahí los tenéis, esperando a que vosotros, con esa paciencia y arte que os caracteriza, los saquéis de esa compañía tan poco grata. Pues ahí es nada; están eternamente entre cabras, elefantes, monos, etc., etc.

La culpa la tiene ese endiablado zorro que se ha metido a dibujante.

### ROMPECABEZAS



¡Once! Once son los jugadores que hay en este dibujo. Un equipo completo de fútbol. Os parecerá que están un poco locos los jugadores, porque el que más y el que menos está dando patadas... al aire, pues el balón no existe.

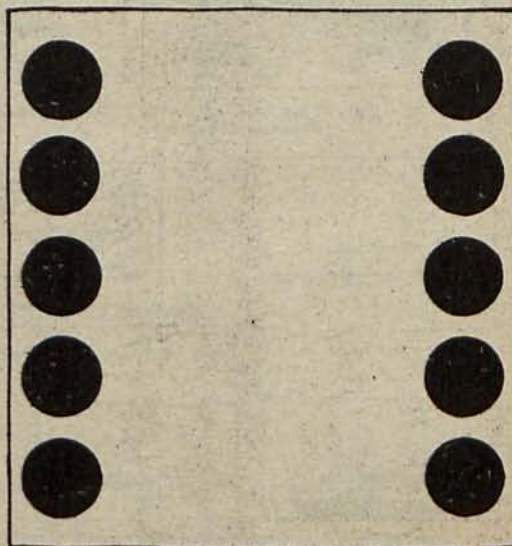
Pero si es verdad que están locos, separadlos trazando cuatro líneas rectas.

Tenemos diez puntos negros y se trata de trazar cuatro líneas que vayan de unos puntos a otros.

Para el trazado de estas líneas desde su partida hasta su llegada, sólo podemos utilizar seis puntos, aprovechando los otros cuatro para colocarlos en los cuatro cruces de las líneas que se formarán en el espacio en blanco que hay en el centro.

Pueden hacerse cuatro combinaciones.

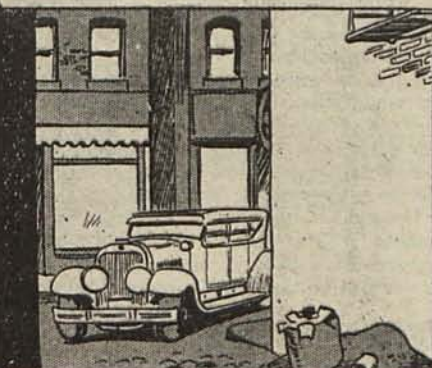
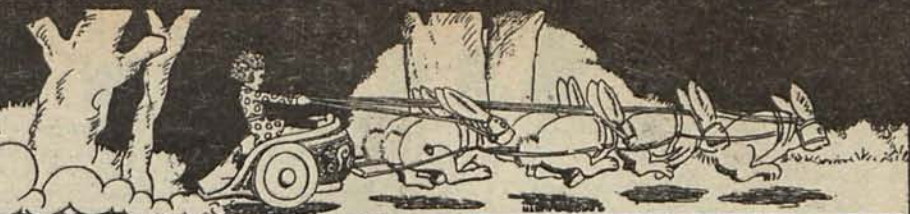
### PROBLEMA





# ANITA

## BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune





# SECCIÓN PIRULA

## CUENTOS DE PIRULA

*Una aventura fantástica.* — Lo que Carola les diría a sus papás el día de su triunfo sería algo así: «¿Lo veis cómo no sólo en las novelas y en Nueva York ocurren cosas extraordinarias? ¿Lo veis cómo

no también pueden darse en la vida, en cualquier parte? ¿Lo veis cómo me pueden suceder a mí?»

Con estas agradables reflexiones, Carola pasó los últimos días de veraneo en el pueblo; la víspera de la marcha acertó a pasar por el lugar de la carretera, donde vio la casita misteriosa, y hubo de ahogar — como en las novelas — un grito de asombro: la casa había desaparecido.

Ya en Madrid se dedicó a sus nuevas tareas detectivescas. En clase, le daba vueltas al asunto en su cabeza (muchas más vueltas que a sus lecciones de Geografía, Matemáticas o Gramática; afortunadamente, era principio de curso; pero como siguiera así...); en la calle, miraba la matrícula de todos los autos que veía. Tenía la seguridad de que *el coche fatal* estaba en Madrid. ¡Y estaba! Un día, Carola lo vio parado delante de una confitería; un señor de aspecto distinguido e insignificante, salió de la tienda, llevando un paquetito atado con un bramante dorado, y se metió en el auto, que partió velozmente. La imaginación de Carola brincaba y volaba. ¿Estarían destinados aquellos bombones a la dama secuestrada? Sin duda, ella se negaba a casarse con su raptador, y éste pretendía rendirla por la golosina; o el infame se los daría envenenados, ¿qué hacer? Era tal la angustia de Carola ante estos pensamientos, que ni siquiera la distrajo la oferta de su mamá de llevar al cine a toda la pandilla. Presenció imperturbable las primeras películas; una de actualidades internacionales en que se veían alternativamente personas que hacían cabriolas sobre la nieve en Groenlandia, bañistas chapuzándose en una playa de los Estados Unidos y gimnastas haciendo ejercicios en Estocolmo. Luego, una película cómica, en la cual un niño travieso, por querer coger una mariposa, empieza a tirar cosas, muebles, personas, y acaba tirando hasta la casa. Luego ya, la superproducción: se llamaba *El hombre del antifaz*. Esto trajo a su memoria su drama de la selva virgen, y le pareció ver de nuevo la casita destartada, el caballero enmascarado, el coche gris, la mujer desmelenada, los bandidos de gorra... Pero, ¿qué era aquéllo? No es que le pareciera verlo, sino que lo veía realmente, y lo veía allí, en la pantalla.

Carola se restregó los ojos, se pellizcó como aquella vez; pero no,

ahora tampoco soñaba; era cierto que *veía* aquéllo; y, además, veía otra cosa: en una esquina de la pantalla aparecía su propia cabeza, la cabeza de una Carola espantada, aterrorizada, desencajada.

Y su mamá y sus hermanos exclamaban:

— ¡Mira, Carola! ¿Pero si parece que eres tú? ¿Cómo es eso?

Ahora sí que Carola lo comprendía todo; el drama presenciado era la impresión de una película; la dama secuestrada era una actriz de cinematógrafo; actores, también, los hombres de aspecto patibulario con gorra y el caballero del antifaz.

Y la casita misteriosa, tan pronto aparecida como desaparecida, era, sin duda, una casita desmontable. ¡Qué horror! ¡Tener que confesar todo esto! Pero hizo tanta gracia la historia, que Carola, que al principio estaba roja de vergüenza, acabó por reírse también.

Después de todo, el honor de haber salido en una película bien valía la pérdida de sus ilusiones novelescas. Y, al fin y a la postre, tampoco deja de ser novelesco eso de salir en una película, así, sin saber cómo ni por qué, ¿verdad? Esta es la historia de la más fantástica de todas las aventuras de Carola; y como realmente se ha corregido, no ha vuelto a ver más fantasías por ninguna parte.

## PIRULA, BORDADORA Y MODISTA

Sentiría haberos dado con mi cuento una mala opinión de mi amigueta Carola; no vayáis a creer que se dedica exclusivamente a pensar novelitas.

Por el contrario, es muy aplicada y hace labores preciosos; una de las que mejor le han salido es el bordado de cierto ramillete silvestre, cuyo dibujo os ofrezco en esta página.

Para ella misma y para su hermana Lolita lo ha reproducido Carola en varios vestidos en diferentes colores.

Uno de estos vestidos es de *toile* de seda, color de plátano maduro; la falda es plisada y el ramo va bordado en rosa y azul sobre un pico que forma el cuerpo a un lado.

Otro es de *vuela*, color salmón, adornado con una trenquilla azul marino y con el ramo bordado en azul marino también.

Otro, en fin, es de *toile* de hilo, blanca, adornado con un festón encarnado y lleva el ramo bordado en encarnado.

Este es precisamente el traje que llevaba Carola el día memorable de su fantástica aventura en el bosquecillo de pinos.

Digo bien *bosquecillo*, sin temor a molestarla, porque, ya curada de sus imaginaciones, no le llama Carola al bosque del pueblo *selva virgen*, sino *bosquecillo*. Y ahora es Carola la que se ríe, o se sonríe, mejor dicho, cuando algún niño pretende fantasear. Nuestra amigueta Carola se ha vuelto la pirulinda más juiciosa que darse puede.

Ya no se le antojan águilas las gallinas ni pretende ver leones en los inofensivos corderos.

Carola está curada; y es que nada cura tanto del ridículo como el ridículo mismo.

